

MEDITACION CCCVIII.

POTENCIA DE JESUCRISTO SOBRE LA TURBA, QUE SE ADELANTA PARA PRENDERLO.

(Joan. xviii, 3-9).

1.º Potencia de Jesucristo en el detener la turba; 2.º potencia de Jesucristo en aterrarla; 3.º potencia de Jesucristo en prescribirle límites.

PUNTO I.

Potencia de Jesucristo en detener la turba.

1.º *Jesús para los soldados, y los detiene para que no se acerquen á él...* «Judas, pues, habiendo obtenido una cohorte¹ y los ministros de los pontífices y de los fariseos, vino allí (*al huerto de las Olivas*) con linternas, antorchas y armas...» Judas había pedido á los sumos sacerdotes, á los ancianos, á los fariseos y á los escribas un destacamento de soldados, ó sean judíos, ó sean romanos, un tribuno y otros oficiales para mandarles. Á esta cohorte, que iba precedida y seguida de una multitud de criados, de los cuales unos llevaban antorchas, otros linternas, y otros iban armados de palos, se unieron otros oficiales del templo y muchos miembros del Consejo. ¿Era acaso necesario tanto mundo, tanto aparato para prender un hombre solo, y para asegurarse de una tropa de once personas? Avanzad, pues, ó soldados, la señal ya está dada; vosotros ya veis bien al que debéis arrestar, bien veis también la débil escolta que lo acompaña. Pero no: Jesús es aquí el Señor, y lo será todo el tiempo que querrá. Su potencia invisible os encadena, y sin su orden ni siquiera podréis dar un paso. Os adoro, ó divina potencia de Jesús, y reconozco que si Vos cedéis á vuestros enemigos, lo hacéis porque queréis, por la obediencia á las órdenes de vuestro Padre y por mi amor.

2.º *Jesús los para y hace detener, para ir él mismo á ellos y preguntarles...* Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de acaecer, lo regulaba todo según las miras de su sabiduría y de su amor. «Se adelantó, y les dijo: ¿Á quién buscáis?...» Hé aquí de la una parte y de la otra una grande tranquilidad en vez de estrépito, de tumulto y de ruido, que debía ciertamente seguirse en su conse-

¹ Entre los romanos se llamaba así un cuerpo de infantería que comúnmente constaba de quinientos hombres, y de diez cohortes se formaba una legion.

cuencia. Pero Jesús ha querido convencernos de que la fuerza y la violencia de sus enemigos no han tenido parte alguna en su arresto, y de que él mismo se ha entregado en sus manos solo porque ha querido, por la gloria de su Padre y por nuestra salvación. No olvidemos esta verdad en todo el curso de la pasión, y excite ella en nuestros corazones los más vivos sentimientos de reconocimiento. De aquí deben también aprender sus siervos á presentarse en la ocasión con intrepidez, bien seguros de que nada les sucederá sino por su permiso, para su gloria y para su provecho. Jesús teme en la oración, y es intrépido en el peligro.

3.º *Jesús los detiene para darles tiempo de responderle, y que oigan ellos también su respuesta...* «Le respondieron: Á Jesús Nazareno. Jesús les dijo: *Yo soy*. Y estaba también con ellos Judas, el que lo «entregaba...» Todo lo que pudieron hacer en este momento estas tropas furiosas fue descubrir su perverso designio, pero debieron comprender cuán impotentes eran para ejecutarlo. ¡Qué necedad en los pecadores sublevarse contra Dios y contra su Cristo! ¿Creen acaso poder vencer al Criador del cielo y de la tierra, de quien reciben el ser y la vida? Apenas hubo dado Judas al Salvador el pérfido beso que debía servir de señal, se retiró en medio de su tropa para no quedar envuelto en la tempestad que debía caer sobre la de Jesucristo. La tempestad cayó sobre la tropa en que él se había creído seguro, y quedó envuelto en ella. ¡Ah! no imitemos á Judas; no nos metamos en la compañía de los pecadores, no nos creamos entre ellos seguros, no nos dejemos engañar de su número, de su crédito, de su poder: todo esto no es otra cosa delante de Dios que debilidad y nada. Estemos antes bien unidos con los siervos de Jesucristo. No nos alejen de ellos su humildad, su dulzura, su debilidad, su corto número, el desprecio en que viven y las persecuciones que sufren; solo entre ellos podemos gozar una total seguridad: su Señor sabrá bien un día sacarlos de la opresión, colocarlos en su gloria, y cubrir sus enemigos de un oprobio eterno.

PUNTO II.

Potencia de Jesucristo en aterrar la turba.

«Pero apenas les hubo dicho *Yo soy*, volvieron atrás, y cayeron «en tierra...» Tres especies de aterramiento debemos considerar, de los cuales el primero es la figura, y el símbolo los otros dos.

1.º *Aterramiento de toda la tropa de Judas en el huerto de las Oli-*

vas... No se valió Jesucristo para atemorizar estas tropas de un tono de voz severa, con reprensiones y amenazas, para aterrarlos y hacerlos caer amortecidos en tierra, empleó solo estas dos palabras: *Yo soy*. Pero en el pronunciarlas les dió toda la energía y eficacia posible. *Yo soy* Jesús Nazareno concebido en Nazaret en el seno de una Virgen, por obra del Espíritu Santo. *Yo soy* el Verbo de Dios hecho carne, Dios hecho hombre; el Hombre-Dios; el Hijo de Dios, á cuyo nombre ó voluntariamente ó por fuerza se debe doblar toda rodilla en el cielo, sobre la tierra y en el infierno. Á este *Yo*, á este terrible nombre, soldados, oficiales, príncipes y pueblo, señores y siervos, Judas y sus ministros, todo fué por tierra, sin que alguno pudiese mantenerse en pié ni resistir. ¡Oh Dios fuerte, Dios santo, Dios poderoso, Hijo de Dios y de María! ¿quién podrá estar delante de Vos? ¿Quién no se postrará para adoraros, para suplicaros, para moveros á compasion, y para pedirnos vuestro amor?

2.º *Aterramiento de todos los ídolos sobre la tierra...* Este aterramiento de soldados armados era una figura del que Jesucristo debía causar sobre la tierra despues que hubiese sido glorificado. Al nombre de Jesús han caido en el polvo los ídolos, sus templos y sus altares: al pronunciarse este nombre sus sacerdotes y sus adoradores, los emperadores, los reyes, los magistrados, sus defensores y los perseguidores del santo nombre de Jesús han sido aterrados, se han desvanecido, y han desaparecido de la faz de la tierra para dejar el lugar á los sacerdotes de la nueva ley, al culto de un solo verdadero Dios por medio de Jesucristo, su Hijo único, por medio de la oblacion cotidiana del sacrificio incruento de su pasion y de su muerte.

3.º *Aterramiento de todos los pecadores en el último dia...* Si Jesús en la debilidad de nuestra carne, resuelto á dejarse juzgar, condenar y ser entregado á la muerte, ha podido con sola una palabra aterrar hombres armados y furiosos contra él, ¿en qué vendrán á parar los pecadores cuando vendrá para juzgarlos, y lo verán sobre el trono de su justicia, cercado de gloria y de majestad, cuando les dirá: *Yo soy* el que vosotros habeis ofendido, despreciado, ultrajado y perseguido?... ¡Ay en aquel dia del que se hallará en este número, del que habrá hecho traicion á Jesucristo, á su estado, á su vocacion y á sus obligaciones, del que habrá abandonado el partido de los justos por ponerse en el número de los pecadores! ¡Cuál debió ser la sorpresa de Judas cuando se vió á sí mismo y á los soldados amortecidos por tierra á sola una palabra! ¡Cuál debió ser el

júbilo de los Apóstoles cuando vieron sus enemigos por tierra, y la facilidad con que su Maestro los aterró! Ligera imágen de los sentimientos que tendrán en el último dia por una parte los justos, y por otra los pecadores, y particularmente los apóstatas, los que habrán abandonado el partido de la religion, de la Iglesia y de la piedad, los que se habrán puesto á la frente de los pecadores para sostenerlos, para animarlos y darles aliento con su autoridad, con sus discursos y con sus ejemplos.

PUNTO III.

Potencia de Jesucristo en prescribir límites á la turba.

1.º *Prescribe límites á su falta de fuerzas para darles tiempo de entrar dentro de sí mismos...* Débiles y abatidos, ¿qué es lo que podian hacer en este estado si la misma potencia que los habia aterrado no les hubiese restituido las fuerzas para volverse á levantar? «Se le «vantaron, pues, y les volvió á preguntar: Á quién buscais? Y ellos «dijeron (como la primera vez): Á Jesús Nazareno...» ¿Cómo? ¿Siempre el mismo designio, el mismo odio, el mismo furor, ningun cambio, ningun arrepentimiento, ningun temor? ¡Ah! ¡cuántas veces hemos visto los soberbios humillados, los ricos empobrecidos, los ambiciosos decaidos de toda esperanza, los voluptuosos oprimidos de males y de enfermédades! y no obstante, ¿cuándo los hemos visto mudados, excitados al arrepentimiento, ó disgustados del objeto de su pasion? Si alguna vez en medio de sus desgracias tienen algunos discursos edificativos y capaces de persuadir su conversion, ¡ah! esperad que Dios los vuelva á poner en pié, les restituya la sanidad y las fuerzas, entonces los veréis igualmente atrevidos, furiosos, obstinados, disolutos, libertinos, é igualmente impíos, y acaso mas aun de lo que al principio lo fueron. ¡Ah! importa mucho no abandonarse á una pasion, pues es tan difícil abandonarla despues.

2.º *Prescribe límites á su furor para que se cumplan sus promesas...* «Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscais á mí, «dejad que estos se vayan...» Con estas palabras se abandonaba Jesús á su discrecion; pero abandonándose á sí mismo, les prohibia hacer insulto alguno á sus discipulos. En este punto fue Jesús obedecido, y de este modo cumplia la promesa que habia hecho á sus Apóstoles¹, por lo que hace aquí esta prohibicion á los soldados: «para que se cumpliese la palabra que habia dicho: De los que me

¹ Joan. XVII, 18, med. CCXCIX.

«has entregado á mi ninguno he perdido...» ¡Ah! ¡qué ternura en el Señor á quien nosotros servimos! En el acto mismo en que por nosotros se entrega en las manos de sus enemigos piensa en protegernos y en conservarnos. ¡Qué grandeza, qué poder! Por mas que sean al sumo furiosos los enemigos de su nombre, sabe encadenar su furor, y nada pueden contra nosotros sin su permiso. ¡Oh y cuán fiel es en sus promesas! ¡Oh y cuán dulce cosa es poner en él toda nuestra confianza! Cuando parece que se olvida de sí mismo, no se olvida de nosotros; nos defiende, nos guía, nos sostiene, y nos librará un dia para siempre de los enemigos de nuestra salud; basta que nosotros le seamos siempre fieles.

3.º *Solo á su ceguedad no fueron prescritos límites, y en esto se verifican las amenazas que Jesús les ha hecho... ¿No es por cierto una cosa incomprensible que estos hombres, tendidos como muertos por tierra, de un golpe se levanten tranquilamente, y persistan en su primer empeño sin hacer reflexion alguna sobre un suceso tan extraordinario y tan imprevisto? ¿Creerán ellos todavía poder hacer violencia al que con sola una palabra los ha echado todos á tierra? ¿Lo creerán sujetado con sus esfuerzos, vencido con sus armas, impotente entre sus manos, y esclavo de sus cadenas? Hé aquí cumplidas las palabras de Jesús: *Moriréis en vuestro pecado*¹... Dios no nos ha prometido prodigios de gracia para sacarnos fuera de una ceguedad en que libremente nos hemos obstinado. Es necio el pecador que hace cuenta sobre las gracias que recibirá, mientras resiste á la fuerza de las gracias que recibe. Blasfema el miserable imputando á Dios y á la falta de sus socorros su impenitencia final, que debe imputar únicamente á su obstinacion en resistir á los socorros que Dios le ha presentado. Jesús es igualmente verdadero en sus amenazas que lo es en sus promesas, terrible en las unas, amable en las otras: las unas y las otras nos las hace para llevarnos á sí, y ganar nuestro amor.*

Peticion y coloquio.

Ó Dios poderoso, yo os temeré; ó Dios caritativo, yo os amaré. Veisme aquí á vuestros piés, ó Jesús, y aquí me estaré continuamente para implorar vuestra misericordia; de ellos no me levantará la presuncion ni la obstinacion, sino la confianza. Nada puede todo el furor de los hombres y de los demonios contra los que vuestro Padre os ha dado. *Dejad que estos se vayan*, les decís Vos; y esta

¹ Joan. VIII, 21, med. CXXXVIII.

palabra basta para ponernos en seguridad. Seais bendito, ó Dios mio, por la poderosa proteccion que nos concedéis. No la retireis jamás particularmente de mí. No permitais que yo abuse de ella, ó que la resista. Amen.

MEDITACION CCCIX.

ARDOR DE SAN PEDRO POR LA DEFENSA DE SU MAESTRO.

(Math. xxvi, 50-54; Luc. xxii, 49-51; Marc. xiv, 46, 47; Joan. xviii, 40, 41).

1.º Cuatro circunstancias de la accion de san Pedro; 2.º cuatro palabras que Jesús endereza á san Pedro.

PUNTO I.

Cuatro circunstancias de la accion de san Pedro.

1.º *Los Apóstoles consultan al Salvador...* «Entonces se acerca-ron...» Habiendo respondido Jesús á sus enemigos por la segunda vez que él era el que buscaban, se acercaron, y se pusieron en disposicion de arrestarlo... Lo que se lee en san Mateo y en san Marcos: «Que pusieron encima á Jesús las manos, y lo tuvieron estrechamente...» se dijo por anticipacion, y se refiere á lo que dicen mas abajo san Lucas y san Juan: «Y los que estaban al rededor de «Jesús (*los Apóstoles*), viendo lo que iba á suceder, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada?...» No podemos dejar de admirar aquí el amor y afecto de los Apóstoles para con su Maestro, su atencion á cuanto ven hacer á sus enemigos, su valor que los mantiene junto á él, su confianza en su poder, que no les dejaba duda alguna de que solo con dos espadas podrian defenderlo contra aquella multitud de personas armadas, y finalmente su docilidad que los mueve á consultarle y esperar que diga sola una palabra para comenzar ellos mismos el combate. Es verdad que se engañaban, porque no habian comprendido las palabras que Jesús les habia dicho; pero este era un engaño bien excusable del que el Salvador mismo no habia querido sacarlos, y que sirve aquí para nuestra instruccion. Evitemos, pues, su error, é imitemos sus virtudes.

2.º *Pedro hiere á Malco...* «Y hé aquí que uno de los que estaban con Jesús... Simon Pedro que tenia la espada la desenvainó, «é hirió un criado del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. «Este criado se llamaba Malco...» Este Malco, criado del gran sacerdote Caifás, queriendo sin duda hacerse una gloria y un mérito para con su señor, se adelantó á poner el primero la mano sobre

Jesucristo; pero Simon Pedro, que tenia una de las dos espadas, la tiró fuera de la vaina, y sin esperar la respuesta del Salvador le dió un golpe al temerario con que le cortó la oreja derecha. Aquí se nos representa la Cabeza de los Apóstoles, el mas aficionado á su Maestro, el mas ardiente en defenderlo, y el primero á exponerse por él.

3.º *Jesús contiene este principio de tumulto...* «Pero Jesús toman- do la palabra, dijo: Basta eso... deteneos, no paseis mas adelan- te.» ¿Habla aquí Jesús á sus discípulos, ó á los soldados? Á sus discípulos sin duda; y con todo eso los soldados no se muestran menos dóciles que los mismos discípulos. Este primer golpe debiera naturalmente ser vengado con mil golpes, y muy presto el estrago hubiera sido horrible; pero una sola palabra lo suspende todo, y de la una parte y de la otra ya no se da ningun paso. ¿Quién es el que habla así, y se hace así obedecer? Esta era la pregunta que se ha- cia cuando Jesucristo calmaba los vientos y el mar; pero aquí el prodigio es aun mas sorprendente. Jesucristo habia permitido este principio de combate por miras dignas de su sabiduría. Por una parte habia querido dar á sus discípulos la ocasion de mostrarle su fi- delidad y su amor; y por otra tener ocasion él mismo de manifes- tar su poder y su dulzura, é instruir á su Iglesia hablando al que ya estaba destinado por cabeza... Jesús ejecuta todo esto con una autoridad que tiene á todos sus enemigos en respeto, y los obliga á ser testigos pacíficos de cuanto se dispone á hacer y á decir. Obra milagros en su presencia con otra tanta dignidad como en las lla- nuras de la Galilea; instruye á sus discípulos con otra tanta tran- quilidad como en el cenáculo; les habla con tanta libertad con quan- ta lo hacia en el templo, cuando parecia que fuese sostenido de todo el favor del pueblo. Quizás Jesús no compareció jamás mas grande que en el huerto de las Olivas, que en aquel lugar en que ha que- rido ser atado y encadenado por nosotros... Señor, todo os obedece. ¿Yo solamente os seré rebelde? Cuando en los primeros movimien- tos de cólera, de odio, de venganza, ó de cualquiera otra pasion que sea, me decís Vos en el fondo del corazon estas divinas pala- bras: «Basta eso...» ¿seré yo tan grosero que desprecie vuestra voz, y que quebrante vuestro precepto?

4.º *Jesús sana á Malco...* «Y tocada su oreja, lo sanó...» El que se habia adelantado para poner las manos sobre Jesús sufre que Je- sús ponga sobre él las suyas. Quería poner las manos sobre Jesús para arrestarlo como un malhechor, y Jesús pone las manos sobre

él como su Bienhechor y como Salvador para sanarlo. ¡Qué bon- dad! ¡qué dulzura! ¡qué caridad! Malco, que recibió este benefi- cio, y sus cómplices, que fueron de él testigos, ¿se conmovieron ó se convirtieron? Se hubieran antes convertido unos bárbaros que es- tos impíos... Este prodigio nada tuvo para ellos de nuevo, nada de sorprendente. No ignoraban que Jesús hacia habitualmente mila- gros; pero habia ya mucho tiempo que se habian obstinado contra esta prueba de su divinidad... Todo lo que pudieron concluir de es- to en su ceguedad fue que, segun el aviso del traidor Judas, era ne- cesario usar con Jesucristo mayor precaucion que con cualquier otra persona. ¿Puede darse ceguedad y extravagancia mayor? Habria di- ficultad en creerlo si los impíos de todos los siglos no nos hubieran dado ejemplos de ello... Pero nosotros saquemos fruto del ejemplo que aquí nos da nuestro Maestro, y aprendamos de él á hacer bien á los que solo procuran hacernos mal.

PUNTO II.

Cuatro palabras de Jesucristo enderezadas á san Pedro.

1.º *Primera palabra...* «Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espa- da á su lugar; porque todos aquellos que pondrán mano á la es- pada, con espada perecerán...» Es esta una de aquellas sentencias que están bastantemente verificadas, sucediendo frecuentemente lo que expresan. Ninguna cosa hay mas comun que el ver que los que se sirven de la espada perecen con la espada. El Salvador enseña aquí una manera de defensa solo digna de él, de sus discípulos y de su Iglesia. La espada es una arma equívoca; esto es, puede ser- vir á la injusticia y á la justicia: á la injusticia de un injusto agre- sor, y á la inocencia de un inocente asaltado. Muchas veces aun por este camino el culpado triunfa del inocente, porque la emplea con mayor furor y con menos precaucion, y muchas veces aun con mayor destreza y experiencia. Jesús para nuestra defensa nos per- mite otra especie de armas, de que nuestros enemigos no pue- den servirse contra nosotros, y estas son la dulzura, la pacien- cia, la caridad, el silencio y la oracion. Á estas armas promete la victoria y la corona. Por medio de ellas solas la Iglesia se ha man- tenido y debe mantenerse hasta la fin de los siglos. La victoria que ella ha conseguido con solo el uso de estas armas forma su gloria única; la distingue de toda otra sociedad, y es una prueba auténti- ca de su divinidad. ¿Y somos nosotros discípulos de este divino Maes-

tro, é hijos de esta santa Iglesia, si para nuestra defensa particular empleamos otras armas diversas de las suyas, y pretendemos rebatir la espada con la espada? Otros nos hacen daño, y nosotros queremos hacerlo; hablan mal de nosotros, y nosotros hablamos mal de ellos; se nos hace una injuria, y respondemos con otra; nos han ofendido con un mote ó con un dicho, y nosotros procuramos ofender con otro, y así de lo demás. ¿Y venceremos nosotros por este camino? No: nosotros nos acarrearémos infinitos disgustos, y cuando venciésemos, nuestra victoria seria para nosotros vergonzosa, y mereceríamos castigo. Si queremos vencer segura y gloriosamente, volvamos nuestra espada á la vaina, esto es, contengamos la lengua, reprimamos nuestros desreglados deseos, sofoquemos aquellos resentimientos; y si nuestra espada ha hecho ya cualquiera herida, resanémola con nuestra sumision, con nuestros buenos oficios, reparando prontamente el daño que hayamos hecho y la ofensa que hayamos cometido. Á la violencia, al desprecio, á los insultos opongamos solamente la paciencia, y entonces la victoria nos es tan segura como la recompensa.

2.º *Segunda palabra...* «¿Piensas tú por ventura que no puedo rogar á mi Padre, y me pondrá delante ahora mas de doce legiones de Ángeles?...» El Señor opone las legiones á la cohorte que habia venido para arrestarlo, doce legiones á los doce Apóstoles que él habia elegido, y finalmente los Ángeles á los hombres. Ninguna cosa nos hace conocer mejor cuán voluntaria fuese la oblation del Salvador, que considerar la extension de su poder. Por sí solo ha podido con una sola palabra, y por un acto solo de su voluntad, aterrar todos sus enemigos, hacerlos inmóviles, y habria podido del mismo modo quitarles la vida. Uno solo de sus discípulos armado de una espada habria podido, bajo su protección, deshacer una armada entera, sin que alguno hubiese podido resistir. Si hubiese querido una venganza mas estrepitosa, millones de Ángeles habrian tenido á grande honor el combatir por él, y defender su Rey. Pero no: su caridad por nosotros cierra el camino á todos los socorros que habria podido obtener de su Padre y de sí mismo, de los Ángeles y de los hombres, del cielo y de la tierra. Vendrá el tiempo en que el universo se armará en su favor¹, pero ahora no se sirve de su poder; y si nos lo advierte, lo hace para que sepamos que por sí mismo se entrega en manos de sus enemigos, no ya por debilidad sino por nuestro amor; que no ya por debilidad sufre él

¹ Sap. v, 21.

que sean oprimidos sus siervos, que se persiga su Iglesia, sino que en todo esto ejecuta los designios de su providencia, de su sabiduría y de su misericordia para con nosotros. No tengamos, pues, temor alguno bajo de un Señor tan poderoso: abandonémonos á su conducta, y pongamos nuestra gloria en caminar sobre sus pasos.

3.º *Tercera palabra...* «¿Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras de que así debe suceder?...» Segun las Escrituras, es necesario que Cristo padezca y muera. Es Jesucristo mismo el que por su espíritu ha dictado á los Profetas lo que debia hacer y padecer sobre la tierra cuando hubiese comparecido en ella. El Verbo de Dios no ha mudado designio despues que se hizo hombre, y ejecuta en su humanidad el plan que ha trazado en las Escrituras. Este plan anunciado tantos siglos antes por medio de tantas bocas diferentes, y exactamente cumplido en la persona de Jesucristo, no deja algun efugio á la incredulidad, disipa todas las nubes, nos muestra al verdadero Mesías, al Hijo de Dios, con una evidencia que conviene ser necio para resistirse aun. La parte de las profecías que mira á la pasion del Mesías es la mas circunstanciada, y por consiguiente la mas propia para hacerlo reconocer. Por eso han insistido sobre ella mayormente el Salvador, sus Apóstoles y sus Evangelistas para hacernos observar con qué exactitud se ha cumplido en Jesucristo. Es aquella que los falsos Cristos y sus partidarios han procurado menos aplicarse á cumplir ó contrahacer; pero es la que los Santos del Antiguo Testamento han representado en sus personas de diferentes maneras, siendo figuras del Mesías¹. Y es aquella que los Santos del Nuevo Testamento deben sobre todo hacerse gloria de cumplir, para hacerse semejantes á su cabeza divina, ser incorporados y poder triunfar con ella; porque las mismas Escrituras que anuncian los dolores y sufrimientos de la cabeza y del Maestro, anuncian tambien los de los miembros y de los discípulos. Con que si la naturaleza ó ciertos amigos poco espirituales quieren apartarnos del padecer y sufrir, respondámosles con nuestro Maestro: ¿Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras? ¡Ay de aquellos que no las cumplen con padecer en este mundo con Jesucristo! porque cumplirán lo que está escrito de los pecadores, padeciendo en el otro con los demonios. Pero dirán algunos: ¿por qué tanta penitencia, tanto trabajo, tanto padecer y tanta paciencia? Porque se deben cumplir las Escrituras á tenor de las cuales debe ser así.

4.º *Cuarta palabra...* «¿No beberé yo el cáliz que me ha dado el

¹ Como Abel, Isaac, José, Job, David, Jeremías, etc.

«Padre?...» ¡Palabra digna del respeto, de la obediencia y del amor del Hijo de Dios á su Padre!... Adaptémosla á nosotros mismos, y apliquémosla á todas las dificultades chicas ó grandes que encontramos en la práctica de la virtud... Aquellas obligaciones gravosas de nuestro estado, aquellos placeres de que debemos privarnos, aquella enfermedad, aquella pobreza, aquella pérdida, aquel desprecio, aquella afrenta, aquella persecucion; hé aquí el cáliz que debemos beber, tomando ánimo de dos motivos: el primero, porque es Dios nuestro Padre el que nos lo presenta. No consideremos las criaturas, las cuales en sus manos no son otra cosa que instrumentos de que él se sirve. El segundo, porque nuestro Salvador lo ha bebido primero, y despues de él todos sus Apóstoles y todos sus Santos... ¡Ah! ¿qué comparacion hay entre nuestro cáliz y el suyo? ¿Serémos nosotros tan cobardes, tan enemigos de nosotros mismos que rehusemos beberlo? ¿Ignoramos que despues de haber bebido este cáliz estaremos eternamente bebiendo en un torrente de delicias en el cielo ¹? ¿Preferirémos beber en el cáliz envenenado de los pecadores? Pero ¿ignoramos que despues de sus breves y vergonzosos placeres beberán ellos hasta las heces el cáliz de la cólera de Dios en una eternidad de suplicios ²? No será ya entonces un Dios Padre que presentará un cáliz de salud, sino un Dios enemigo y vengador del pecado, cuya justicia se llamará sin misericordia ³.

Peticion y coloquio.

No, ó Señor, no escucharé ya mas los falsos amigos que me inspiren el moderar las penas anejas á mi estado. Este es el cáliz que Vos me presentais; no me lo dejaré quitar de la mano, lo beberé hasta la hez. Todo lo sufriré de mis hermanos, sin resistir y sin lamentarme: esto es lo que Vos me encomendais y me enseñais con vuestro ejemplo. Son, es verdad, los hombres los que me hacen padecer y sufrir, diré yo entonces; pero sois Vos, ó Dios mio, que como un padre lleno de bondad me castigais ó me probais por su ministerio. Amen.

¹ Psalm. xxxv, 9. — ² Psalm. lxxiv, 9. — ³ Osee, i, 6.

MEDITACION CCCX.

JESÚS SE ENTREGA EN MANOS DE SUS ENEMIGOS.

(Luc. xxii, 52, 53; Matth. xxvi, 55, 56; Marc. xiv, 48, 52).

1.º Discurso de Jesucristo á las turbas; 2.º huida de los Apóstoles; 3.º de un jóven que se halla en el huerto de las Olivas.

PUNTO I.

Discurso de Jesucristo á las turbas.

1.º *Jesús las reprende en orden al hecho presente...* «Dijo, pues, «Jesús á los príncipes de los sacerdotes, y á los magistrados del templo, y á los ancianos que se habian movido contra él... Como á «ladron habeis salido con espadas y con palos á prenderme...» Los malos tratamientos que nosotros experimentamos nos son muchas veces menos dolorosos que la manera con que se nos hacen, cuando esta manera manifiesta el mal concepto que se tiene de nosotros, y sirve para que otros lo formen; y hé aquí el motivo mas ordinario de nuestras quejas... Todos nos oyen decir cada dia: ¿quién soy yo, pues? ¿Por qué me prenden? Me tratan como si yo fuese... ¡Ah! si fueses un verdadero discípulo de Jesucristo no te quejarías así; antes te alegrarías de verte tratado como tu Maestro. El Salvador ha hecho expresamente mencion de esta circunstancia, sobre que acaso nosotros no habríamos hecho reflexion, para que nos sirva de consuelo en semejantes ocasiones. Sus enemigos no se contentan con arrestarlo, lo hacen con un aparato el mas indecoroso y humillante. Se diría que se trataba de un hombre que se hacia temer y que era peligroso; de un ladron, de un asesino, de un enemigo de la Religion y del Estado, cuando era la misma dulzura, que jamás habia hecho resistencia alguna, que habia hecho siempre bien á todo el mundo, que siempre habia cedido á la tempestad, que se contentaba con huir cuando estaba amenazado, y que estaba acompañado solamente de algunos discípulos, y prohibia tambien á los que lo siguiesen emplear el medio de hecho, y volver injusticia por injusticia, injuria por injuria. ¡Qué dulzura en Jesucristo! ¡qué malicia en sus enemigos! ¡qué ejemplos, qué instrucciones para nosotros!

2.º *Jesús les trae á la memoria lo pasado...* «Todos los dias estaba entre vosotros sentado en el templo para enseñar, y no me habeis prendido...» Cada vez que Jesús iba á Jerusalem se iba á en-